

E. MIRET MAGDA LENA

Tres acontecimientos importantes han marcado la opinión pública católica en estos días: el fallecimiento del casi centenario obispo dimisionario de Las Palmas, Monseñor Pildain; la visita del Cardenal Tarancón a París, invitado por el Cardenal Marty, y la carta de otro Cardenal, el Presidente de la Comisión Justicia y Paz, comentando el X aniversario de la famosa Encíclica "Paz en la Tierra", del Papa Juan XXIII.

Los periódicos nos acaban de informar de la muerte de Monseñor Pildain, el hombre hecho de una pieza, lo mismo para bien que para mal. Marcha de esta vida en la más absoluta pobreza, porque toda su vida ha sido centrada en la inquietud social, sobre todo en la época de nuestra posguerra, y la vivió en su propia carne, dando ejemplo de lo que predicaba.

El pueblo le ha hecho un homenaje silencioso, cuando todos creían que era un obispo olvidado propio de otros tiempos. Fue un hombre dotado de gran cultura —aunque fuese de otras épocas— y de unas cualidades oratorias verdaderamente extraordinarias. Recuerdo de un amigo que convivió con él en el país vasco y que me contaba que el canónigo Pildain, especialista en Sagrada Escritura y profesor en el seminario de Vitoria, decía, antes de nuestra guerra civil, que, con la Biblia en la mano, podía montar un sermón demostrando cualquier tesis que fuera. Concebía la religión y la teología como una apologética, muy semejante a la de los filósofos sofistas de la Atenas antigua. A pesar de su erudición bíblica, no supo captar el fondo de este Libro religioso, porque lo consideró como un conjunto de frases doctrinales inconexas y no como un Libro de experiencias vivas. No quiere esto decir, de ninguna manera, que careciera de fe: todo lo contrario, era un hombre de fe profundísima, pero moldeada en una teología decimonónica que no supo valorar vitalmente la Biblia.

Eso no le impidió ser, en tiempos de nuestra República, el gran Quijote de todas las luchas en defensa de los valores eclesiológicos tradicionales, representando en las Cortes a la minoría vasco-navarra. Es significativo que sus discursos de estas Cortes Constituyentes de la segunda República se titularan "En Defensa de la Iglesia y de la Libertad de Enseñanza", porque entonces la libertad de enseñanza, que pretendían los católicos por motivos egoístas, era el grito de batalla de estos esforzados y anacrónicos paladines. Se ha dicho que era separatista; pero su regionalismo evidente y legítimo no podía olvidar el sentido universalista del mundo actual, como lo hizo presente de una manera un poco espectacular durante el Concilio Vaticano II.

Fue durante su episcopado, que duró desde 1936 hasta hace pocos años, fervoroso seguidor de su propia conciencia, sin importarle las consecuencias de su actitud. Siguió a rajatabla lo que acaba de decir el Cardenal Tarancón en París, en la Conferencia pronunciada en el Centro Católico de Intelec-

tuales Franceses. Allí defendió el derecho que tiene la Iglesia a la "denuncia profética" con estas palabras, que se podrían poner como resumen de la vida de Monseñor Pildain: "los obispos y los sacerdotes no hacen política cuando, en virtud de su misión pastoral, juzgan los hechos, las situaciones o las obras de la sociedad civil desde el punto de vista de la fe. El silencio debido a una falsa prudencia o a un deseo de comodidad, o a temor de reacciones adversas, nos haría cómplices de los pecados de los otros".

Por eso, este obispo norteño, mal aclimatado durante treinta años en Canarias, y por

TRES ALDABONAZOS

eso, sin perder su reciedumbre vasca, denunció proféticamente todos los males que apreciaba en la sociedad que le rodeaba. Dijo las más duras frases contra el capitalismo liberal, denunció los bajos salarios de aquella región española alejada de la Península, habló del sindicalismo y de la burocracia administrativa, y llegó a afirmar que nuestro capitalismo egoísta era el fautor del comunismo.

Pero no sólo atacó valientemente la cuestión social, sino que, con la misma franqueza, expresó sus rígidas ideas morales, absolutamente anacrónicas y en discordancia con la vida presente. Prohibió a sus sacerdotes ver la televisión, por los peligros que esto entrañaba para el clero. Suspendió "a divinis" a todo sacerdote que absolviera a una persona del sexo femenino que llevase bikini en la playa. Y se mostró un decidido enemigo, como el Cardenal Segura en Sevilla, del baile moderno.

Hombres como él, hechos de una sola pieza, merecen —a pesar de estas tintas ingenuas— un recuerdo positivo, porque no estamos acostumbrados a encontrarnos con obispos que tengan una personalidad tan decidida y tan consecuente en nuestro país.

El segundo aldabonazo a nuestro catolicismo español lo ha dado el Cardenal Tarancón en su viaje a París. Allí, con una independencia y serenidad ejemplares, ha expuesto los principios y juicios prácticos que aclaran algunos de los males endémicos de la estructura católica de nuestra sociedad. "La religión —ha dicho— tenía un alcance político, y la política, un alcance religioso, de tal manera que a veces se ha confundido unidad nacional con unidad católica, y todo ello pesa todavía sobre la Iglesia española". También se ha decidido a hablar sobre el apostolado obrero en España, exponiendo la misma idea que hace muchos años, cuando secretario de la Conferencia Episcopal, me confesaba a mí en conversación privada. Pensaba, y piensa, que el apostolado obrero organizado debía tener más posibilidades y

más desarrollo; y todos debemos comprender —dice— que, en ocasiones, el apostolado obrero incida en determinadas situaciones sociales, cuyo límite con los problemas puramente de orden temporal no se aprecia claramente; pero podríamos decir que los grupos apostólicos realizan una función de suplencia cuando consideran de su responsabilidad incidir con su razón y su fe en los defectos sociales que encontramos.

El tercer, y último, aldabonazo lo ha dado el Cardenal Roy, como Presidente de la Comisión Pontificia Justicia y Paz. Ha pasado casi sin pena ni gloria la Carta que este purpurado canadiense ha dirigido al mundo, diez años después del que fue entonces gran aldabonazo del Papa Juan XXIII: la carta encíclica Paz en la Tierra.

Para lo que son estos documentos eclesiológicos tan tímidos, la lectura de esta nueva carta eclesiológica sorprenderá a muchos. El esquema fundamental del documento es el siguiente: la encíclica de Juan XXIII del año 1963 adopta una nueva postura ante el mundo, y se sitúa a plano de igualdad y de diálogo con nuestra sociedad actual, y acepta plenamente la estructura de los derechos del hombre, que era corriente en los documentos internacionales de la época. Ese fue el comienzo de la "revolución" iniciada por el Papa Roncalli.

Por supuesto que la aceptación de estos derechos humanos básicos supuso inmediatamente un decisivo impacto en la estructura de la Iglesia: todos empezaron a darse cuenta de que era necesario que la Iglesia asumiera, defendiera y aceptase totalmente los derechos humanos en su propia estructura eclesiológica y eclesial.

Ese fue también el Concilio Vaticano II: el deseo de encarnación de los derechos humanos básicos en la institución eclesiológica. Pero no cantemos todavía victoria, porque los anhelos de Juan XXIII no se plasmaron de manera suficientemente radical en el Concilio, y después de él todavía existe una gran lentitud y parsimonia en acoplar todo el mecanismo de la Iglesia a estos derechos fundamentales.

La lectura y comentario de este documento, que pienso hacer en el futuro, debe llamar la atención de los católicos, evitando que pase este escrito como uno más entre la inflación de verbalismo eclesiológico que todavía existe. En su redacción, sencilla e incluso modesta, se tocan con sinceridad todos los factores básicos del mundo de hoy, que no son ya los de hace diez años, cuando Juan XXIII publicó su encíclica.

Hoy, a sólo esos años de plazo, nos encontramos los hombres —lo mismo creyentes que no creyentes— con nuevos e importantes problemas de estructura mundial y humana que no pueden ser resueltos ni encauzados con las bienintencionadas palabras de diez años atrás. La marcha del mundo es tan acelerada que tenemos que hacer un examen de conciencia constante para no permanecer anacrónicos, ni dormidos.

Por eso necesitamos oír estos aldabonazos.